

**Seminario de Historia de las Mentalidades, *Amor y desamor: vivencias de parejas en la sociedad novohispana*. México: INAH, 1993, 184 páginas.**

Alguna vez, Jean Cocteau dijo que “El tiempo de los hombres era una eternidad plegada”. Si halamos del hilo de este ovillo bien podríamos decir que nuestras cotidianidades son historia que se acomoda en pequeños pliegues. El devenir histórico, aquel de cuya explicación se han ocupado los hombres, es el que se compone de las grandes hazañas y los beneméritos logros de los pueblos. Más, qué decir de la existencia de cada uno de aquellos hombres cuyo existir transcurrió en tiempos que aparentaban ser carentes de sentido, vacíos, de los que tantas veces se ha dicho “No pasó nada”.

Hasta hace poco, todos estos hechos habían sido desdeñados por el quehacer histórico. Y sin embargo, para cada uno de aquellos hombres cuyos nombres ya no existen, esos acontecimientos que cupieron en sus vidas fueron, verdaderamente, historia, tan fuerte y contundente, como aquella que se narró a sí misma a través de la pluma de Michelet.

La historia es como un espejo en el que el hombre se mira. Busca en él las imágenes de lo que fue en otro tiempo para con base en ellas acicalarse y vivir un presente que se engarza de manera incuestionable con el futuro. El hombre del presente se compone y se recompone teniendo siempre gran cuenta de lo que fue; porque al fin, lo que fue en el pasado perdura y es de algún modo en el presente.

La historia de las mentalidades constituye en este sentido un espejo de cualidades ciertamente peculiares. En él, el hombre que somos se mira, no sólo como miembro de una sociedad, de una nación, sino también como un individuo inmerso en una cotidianidad. Será acaso por esta característica que dicha forma de historia nos resulta tan cercana, tan familiar, pues es, a fin de cuentas el espejo, no donde miramos como colectividad, sino aquel que nos refleja como individuos.

Inscrita en esta historia de las mentalidades se encuentra la obra que comento. Se trata del libro llamado *Amor y desamor - vivencias de parejas en la sociedad novohispana*.

Sus autores son Sergio Ortega, Lourdes Villafuerte, Teresa Lozano, Ana María Atondo, Dolores Enciso, José Antonio Robles, Jorge René González y José Abel Ramos.

Cada uno de ellos tomó sobre sí la carga de introducir, dándoles vida, en el vasto escenario de la realidad novohispana, a los hombres y a las mujeres que desfilan por esta obra y que fueron actores de una historia que va mucho más allá de la sabrosa anécdota y alcanza las regiones de lo trascendente, pues es

la muestra de las maneras como la sociedad novohispana experimentó la viva paradoja que significan amor y desamor.

El hombre novohispano se antoja ser —cuán lejos de ello estamos nosotros— como aquel que hundiendo los pies en el fango sabroso del pecado, levanta los ojos al cielo buscando, sin moverse de donde está, el perdón y la redención. Si bien en cierto, como lo plantea Sergio Ortega, el ideal amoroso en la colonia se basa y se fundamenta en las luminosas profundidades del discurso del doctor Angélico, no se aparta de nosotros, después de leer esta obra, la idea de que —ahora sí, ayer como hoy— el amor propuesto por Santo Tomás de Aquino pocas veces se da en la realidad. Se me podrá, por esto, tachar de exagerado. Sin embargo, baste esta reflexión respecto de los casos que se narran en el libro: se trata de historias que fueron públicas y sabidas y, a tal grado, que se ventilaron en instancias eclesiásticas y judiciales. Pero, ¿Y todas aquellas historias, en las que la discreción o la vergüenza pesaron tanto que nunca nadie, más allá de los estrechos límites de las familias, las conoció?

Ya sor Juana, para consolar a un celoso, escribía un soneto del cual provienen estas líneas:

*Amor empieza por desasosiego,  
Solicitud, ardores y desvelos;  
Crece con riesgos, lances y recelos;  
sustentase de llantos y de ruegos.  
Doctrinanle tibiezas y despego,  
Conserva el ser entre engañosos velos,  
Hasta que con agravios o con celos  
Apaga con sus lágrimas su fuego  
Sin duda, el amor y el desamor parecen ser un binomio  
del cual el hombre difícilmente escapa.*

Poca cosa les parecieron a aquellos padres y a aquellas madres de los que habla Lourdes Villafuerte —los novios o las novias de sus vástagos. Poca cosa porque o no tenían dinero, y por ello se antojaban vías de reproducción de la clase menesterosa, o porque eran esclavos, no eran libres, y estaban llamados a atar al cónyuge con cadenas sujetas a aquellas de la esclavitud en que vivían; poca cosa porque eran prietitos —como si los prietitos no tuvieran en su pechito un corazón capaz de amar. Y esos jóvenes tuvieron que decidir entre dos amores. Entre aquel de los padres y aquel que les prometía la felicidad. Y en algunos de esos casos parece ser que lograron establecer el vínculo formal del amor, según el rito de la iglesia. Y qué más les dio decir a algunos “Contigo pan

y Cebollas” o —en una versión más de estas tierras— “Contigo tortilla y frijoles, y a otros “píntame angelitos negros”.

Tere Lozano aborda en su artículo lo que —según ella misma nos dice— a los ojos de las clases dominantes podría ser considerado desamor: engaños, riñas, abandonos. Sin embargo, y de esta inquietud la autora también da cuenta, ¿Sería ciertamente desamor?; yo preguntaría ¿no sería amor, pero de otra manera? Bástenos recordar a aquella buena mujer que se lamentaba diciendo “yo creo que mi marido ya no me quiere, ya ni me pega”. De este juego, es posible que sólo aparente, de alternancia de amor y desamor, o desamor, o de amor y amor de otra manera, dan cuenta aquellas cartas en las que las mujeres golpeadas perdonan a sus maridos y ofrecen recibirlos en el hogar para que ellos les den la protección y el sustento a que estaban obligados. Cabría preguntarse cuántas veces no se repitió para esas mismas mujeres la historia de las amenazas, las riñas y los golpes.

Al amor conyugal y el amor venal corresponde la historia en que quedan implicados maridos infieles, esposas, unas sufridas, otras casquivanas, y cómicas posiblemente enamoradas del amor y con certeza necesitadas de algunos o muchos —a saber cuántos— pesos, de aquellos que había entonces, que se dice que eran de oro. Estas son historias de amor múltiple, el del marido sobrado que quiere querer a su esposa engañada, o la esposa que es incitada por su marido a vender algo tan suyo como aquello que se postula como la manifestación física del amor, las llamadas caricias y algo más. Es este juego entre amor conyugal y amor venal un cruce de caminos, que se antoja la esencia de las anécdotas de las comedias de enredos, si, pero sólo se antoja, pues es aquí la vida-historia la que habla.

Los casos de bigamia están tratados por Dolores Enciso. Es incuestionable que este estado rompe la fidelidad comprometida en el matrimonio *in facie Ecclesiae*. Es engaño, es delito perseguido. Los personajes que aparecen en este capítulo de la obra tienen un común denominador: la mudanza, por diversas razones, de una ciudad a otra, que quebrantó la convivencia, que interrumpió toda comunicación y que posiblemente llevó al cónyuge viajero a buscar otros brazos que sustituyeran aquellos que, mal que bien, le habían calentado el corazón en el hogar abandonado, y aquellas manos que al menos habían puesto enfrente, sobre la mesa, un plato de sopa bien sazónada. Búsquedas de nuevos amores que rompían, con el abandono, a los antiguos y los hacían caer en la penosa circunstancia del desamor. Buscadores de amores, quizá insatisfechos, quizá rechazados, pero buscadores al fin, que, conociendo la gravedad del delito que cometían al romper, a través de la seria realización del rito eclesiástico, el compromiso establecido de antemano y de la misma forma,

corrieron los riesgos. ¿Interés?, ¿amor?, ¿ambas cosas?, apenas algo de ello se intuye en los penosos casos de bigamia que se nos presentan.

Monter, el Mambrú zacatecano, es sin duda, y así lo nombra José Antonio Robles, un pícaro libertino. Va más allá del Don Juan atormentado por demostrar una dudosa virilidad, o del Casanova que fue y exquisito libertino, pues haciendo gala de un ingenio envidiable, es el hombre que goza la vida de tal forma que hiere la sensatez moral de muchos hombres y mujeres de correcta y decente vida que lo rodean. Es el hombre desbordado y debordante. Fue sin duda la pimienta fuerte de los saraos, que encontró su contraparte en el grave José María Martínez de Sotomayor, comisario del Santo oficio de la Inquisición en Zacatecas. Una década duraron las pacientes acusaciones reiteradas de las picardías de Monter. Martínez de Sotomayor se encargó de ellas. Pero pudieron más las influencias del libertino que la defensa de la moral que pretendía el virtuoso comisario. Monter es el pícaro con suerte, y por ello despreocupado. Sólo lo hicieron, si acaso, las críticas de sus vecinos. Pasó a la historia de los escándalos sabrosos, de esos que basta con que el escandalizado suelte el alma para que, como por arte de magia, dejen de ser tan horrible y castigado pecado.

Jorge René González aborda en su artículo un tema complejo y delicado: la solicitación, el rompimiento, por infidelidad, de un amor, el más sublime, el que los hombres y mujeres entrados en religión prometieron a Dios, por medio de un voto de castidad expresado. Es una vez más un juego de amores y desamores, de amores exclusivos y de amores múltiples. Es acaso el poder de la carne el que llevó a estos hombres y mujeres a buscar un consuelo donde no debían:

*En acuesta soledad  
lloro el bien que no poseo  
pues sin libertad me veo  
tuyo con fiel libertad.*

*Escribió uno de los personajes de estas historias.*

Son experiencias casi irrealizables, son historias llamadas a permanecer en el estadio de los sinsabores, pues el objeto privilegiado del amor, Dios, se muestra celoso. Son historias sin posibilidad de final feliz.

Cuantas cosas no podrían decirse sobre el origen primero de estos amores y desamores. Cuantas tragedias encierran, cuántas lágrimas de las que no se habla están allí contenidas. Vidas vividas a fuerza entre los muros de un convento, a donde debe entrarse siempre con la alegría recóndita de la entrega más sublime. Pero “muchos son los llamados y pocos los escogidos”.

Cierran la obra los comentarios conclusivos de José Abel Ramos. En ellos se retoman los puntos esenciales de las historias narradas y aún se va más allá. Es la posibilidad que se da el lector para adentrarse en las vivencias contadas, como nos adentramos en los intrínquilos de una novela, en cuyos hilos nos vemos atrapados, pues siempre vigente: Era peor no amar que amar mal. Ello nos pone ante una manera de expresar el amor que sin duda recorría, como alma en pena, las conciencias, acaso también almas en pena, de los hombres de la Nueva España; sino, que lo diga Sor Juana:

*Al que ingrato me deja, busco amante;  
al que amante me sigue, dejo ingrata;  
constante adoro a quien mi amor maltrata;  
maltrato a quien mi amor busca constante.  
Al que trato de amor hallo diamante;  
y soy diamante al que de amor me trata;  
triunfante quiero ver al que me mata  
y mato a quien me quiere ver triunfante.  
Si a este pago, padecer mi deseo:  
si ruego aquel, mi pundonor enojo:  
de entrambos modos infeliz me veo.  
Pero yo por mejor partido escojo  
de quien no quiero, ser violento empleo,  
que de quien no me quiere, vil despojo.*

**José Rubén Romero**

*Instituto de Investigaciones Históricas  
UNAM-México*